

sueño, y el último sueño puede venir ahora mismo: estos burdos saben esas cosas. . . . El impío mira la vida como un pasatiempo: se divierte de la mañana á la noche y de la noche á la mañana. . . . ¿los monos hacen por ventura otra cosa?

Roguemos por los vivos y por los fieles difuntos. . . .
Parientes, bienhechores, amigos, superiores de toda categoría, inferiores de toda clase, pobres, afligidos, pecadores, los que aun recorren el camino de la vida, los que ya terminaron la jornada y se encuentran detenidos en la cárcel del Purgatorio. . . . ; el aldeano hace memoria del mundo entero en su oración!

¡Qué magnífica *vuelta al mundo!*

¡Cuán grande nos parece el cristiano que así abraza en su caridad al universo todo! El impío se encierra en su estrecho egoísmo, como el caracol en su concha. Y es más pequeño que el diminuto molusco.

* * *

¿Son once, ó son doce en esta dichosa familia? . . .
Once veo . . . pero son doce. El duodécimo es Aquel que tiene dicho: *Donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.* (San Mateo XVIII. 20.)

Y la oración de la noche acaba suavemente bajo la bendición del Altísimo. Los ángeles de guarda cubren con sus alas á los moradores de la humilde cabaña; reina completo silencio, la candela de resina se extingue y. . . sobre los justos que duermen. . . vela Dios!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Unidad.—La Iglesia no puede ser verdadera si los fieles que la componen no están ligados y unidos entre sí de manera que no formen más que una sola sociedad, un todo perfectamente completo; así como la reunión de muchos miembros forma un solo cuerpo, la disposición de muchas piedras un solo edificio, y cierta cantidad de ovejas un solo rebaño.

Estas son las imágenes que emplea la Sagrada Escritura para indicarnos que la Iglesia es obra de Dios, cuyo distintivo propio es la concordia, así como del demonio lo es la discordia. Ahora bien, este carácter de la unidad conviene maravillosamente á nuestra Iglesia; porque por numerosas que sean las reuniones de fieles en toda la superficie del globo, por mucho que se multipliquen las iglesias particulares, iglesia de Italia, de Francia, de España, de Alemania, de México, etc., todas estas iglesias parciales, lo mismo que todos los fieles diseminados en el mundo entero, no forman más que un solo cuerpo,

una sola Iglesia, por la unidad de fe, la unidad de sacramentos y la unidad de cabeza.

Unidad de fe y de doctrina.—La fe es la misma en todos los fieles, sea cual fuere la distancia que los separe y la diversidad de países. Recorred el mundo todo; dondequiera que halléis católicos, hallaréis también la misma creencia. Lo que creen los católicos en Italia, eso mismo exactamente creen en México, en Inglaterra, en Rusia, en China, etc. El Símbolo que rezan es en todas partes el mismo; en todas partes se predicán y enseñan los mismos dogmas y se hace idéntica profesión de fe.

Unidad de Sacramentos.—Como no hay un solo lugar habitado por católicos en donde no se tenga a misma creencia acerca de la esencia y el número de los sacramentos, tampoco hay uno solo en que no sean igualmente dispensados y recibidos todos los sacramentos. En todas partes el mismo Bautismo que hace renacer en Cristo; la misma Confirmación que robustece en la fe recibida; la misma Eucaristía que alimenta, la misma Confesión que perdona los pecados, etc. Y esto mismo que decimos respecto de los sacramentos, podemos decirlo del santo sacrificio de la Misa, de las Indulgencias, de la invocación de los santos, del culto de las imágenes y de todas las demás prácticas religiosas. En todo el mayor acuerdo, en todo la perfecta *unidad*.

Unidad de cabeza.—Todos los fieles reconocen una sola y misma cabeza visible, el romano Pontífice, sucesor de San Pedro, y todas las iglesias parti-

culares comunican con la Iglesia principal de Roma; por lo cual nuestra Iglesia se llama *romana*, nombre que designa no la Iglesia particular de Roma, sino la unión de todas las iglesias que no obstante la distancia de lugares y la diversidad de naciones, tienen todas por cabeza al Pontífice de Roma y viven en comunión con él.

Esta unión con una sola cabeza produce la unión entre todos los miembros y la unidad del cuerpo.— Todos los fieles de una parroquia están unidos á su pastor; todos los fieles y párrocos de una diócesis están unidos á su obispo y viven bajo su dirección; todos los fieles, todos los sacerdotes y todos los obispos de la Iglesia católica están unidos por su obediencia al soberano Pontífice. De este modo, los fieles viven en comunión con sus pastores y éstos con el pastor principal, de donde se sigue que los fieles viven en comunión con la suprema cabeza; y, aunque el rebaño esté dividido en muchas porciones, y aunque cada una de éstas tenga su superior ó su cabeza particular, pertenecen, sin embargo, á un solo redil, que gobierna el pastor supremo, á quien todos los demás están subordinados. Aquí tenéis, por tanto, la idea de una perfecta unidad, primer carácter de la verdadera Iglesia.

Santidad.—La Iglesia es obra de Dios, y Dios es santísimo en todas sus obras; por lo cual debe la Iglesia necesariamente participar de la santidad de su autor.

Este carácter de santidad le corresponde á la Igle-

sia católica por muchos conceptos; pues es santa en su cabeza invisible que es Jesucristo, origen y manantial de toda santidad, y quien la rige y gobierna por su Espíritu divino. Es santa en sus dogmas, pues que se refieren todos al conocimiento y al culto de un solo Dios, primer principio de todas las cosas, fin último y suprema felicidad del hombre, y que nos dan de Él una idea digna de su majestad. Es santa en sus preceptos y en su moral, que miran á la santificación del hombre todo entero, que nos enseñan todos nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos, sin ninguna mezcla de error. ¡Ah! si los observáramos con exactitud, el mundo, tan lleno de desórdenes y vicios, se cambiaría inmediatamente en un paraíso de delicias! Es santa, en fin, por un crecido número de sus miembros; pues que la Iglesia reúne á la santidad de su doctrina una maravillosa eficacia para convertir las almas y santificarlas, lo cual es fruto de la gracia del Espíritu Santo. Por esto es que en todos los tiempos han existido, existen y existirán en la Iglesia personas verdaderamente santas, hombres de grande perfección, que ajusten su vida á las máximas del Evangelio y cuya santidad se ha complacido y se complace Dios en manifestar de tiempo en tiempo, por los milagros más auténticos y más bien comprobados.

Ninguna cosa más cierta, por desgracia, que el que hay entre los cristianos un grande número de pecadores escandalosos; mas, como lo hemos dicho

antes, esta tiene que ser la condición de la Iglesia acá abajo, puesto que se compone de justos y pecadores. Sólo en el cielo donde está triunfante, no cuenta más que miembros santos; aquí en la tierra es militante y debe contar sanos y enfermos. Y con todo, la Iglesia no por esto deja de ser santa, aunque contenga pecadores en su seno; y la razón es, porque los que viven en el desorden no pertenecen ya á la Iglesia. Llámanse católicos, sí, por vivir en país católico y por ejecutar algunos actos exteriores de religión; pero si pudiésemos penetrar en su interior, descubriríamos sin tardanza que ya no lo son, porque perdieron la fe, ó á lo menos la han debilitado en extremo admitiendo de propósito deliberado, dudas sobre la inmortalidad del alma, sobre la existencia de la otra vida y sobre otros puntos de la fe: lo que basta para excluirlos de la Iglesia. Mas, demos que sean católicos por la creencia y que sólo su conducta sea reprehensible: ¿deberán imputarse á una buena y piadosa madre los desórdenes de un hijo perverso y de malas costumbres? Si aquellos escandalosos lo son por su propia malicia, por apartarse de las enseñanzas de la Iglesia; en cuanto á ésta, bien lejos de aprobar sus malos procederés, los condena abiertamente y pone de su parte todos sus esfuerzos para atraerlos al recto camino del bien vivir.

Cierto y muy cierto es que los hombres más viciosos son los que pasan del catolicismo á la herejía, al ateísmo, á la incredulidad y que se hallan dis-

puestos á mudar de creencias, ó más bien á dejar toda creencia, porque la doctrina de la Iglesia es un freno insoportable á sus pasiones. Es, pues, santa la Iglesia, aunque tenga hijos malos.

Catolicidad ó universalidad, es el tercer carácter de la verdadera Iglesia; por lo que los Libros santos nos la representan bajo la figura de un reino que debe dilatarse por todo el universo. Este carácter, el más claro y el más sensible de todos, es de tal manera propio de nuestra Iglesia, que los mismos enemigos, cuando la quieren designar no la llaman sino con el nombre de *Católica*. En efecto, no está circunscrita á un lugar, á una provincia, á una nación, sino que se extiende del Norte al Mediodía, del Oriente al Ocaso. No vive sólo en los reinos que se glorían de profesarla y de honrarla públicamente, sino también en los países infieles donde conquista y forma nuevos hijos de Dios. Católicos hallaréis entre los turcos y los mahometanos, entre los protestantes, entre los salvajes de las Indias, en las regiones más apartadas del África y de la América; y todos sin excepción unidos por el vínculo de la misma fe y por la participación de los mismos sacramentos. Justo es, por tanto, darle este título de *Católica*, pues es la más visible y la más extendida de todas las religiones.

Y si es católica por extenderse á todos los lugares, no lo es menos porque abraza *todos los tiempos*, como lo llevamos dicho. Nuestra fe es la fe de Abraham y de los santos patriarcas; sólo que ellos

creyeron en El que había de venir, y nosotros creemos en El que vino ya. *Variaron los tiempos, pero no la fe*, dice San Agustín. Jesucristo es la piedra angular que une á los que le precedieron y á los que han existido después de su venida, al Antiguo con el Nuevo Testamento, á los patriarcas y profetas con los Apóstoles. ¿Qué mayor prueba de catolicidad pudiéramos pedir?

(CONTINUARÁ.)

MORAL

LA CARIDAD.

(CONTINÚA.)

«Pero ¿cómo es que tales hombres pueden decir que no les incumbe cuidar de su prójimo? ¿No es Dios quien ha dado el precepto del amor al prójimo? ¿Cómo se ama al prójimo si no se tiene solicitud por su salvación? No ama á su prójimo quien no la procura, y todos los hombres tienen en cierto modo la obligación de buscarla, no sólo orando por sus hermanos, sino corrigiéndolos prudentemente cuando deban ser corregidos. No hay que creer que el precepto de corregir obliga no más que á los superiores; porque comprende á todos los hombres, así por ley natural como por ley divina.

«Manda la ley natural que socorramos al que se encuentra en alguna necesidad física, al menos en cuanto podamos. Del mismo modo que todos los

miembros de un cuerpo se ayudan, así los hombres todos, y en particular los cristianos formando parte del cuerpo místico, tienen que auxiliarse en sus necesidades temporales y *a fortiori* en las espirituales. Luego cada uno está obligado á socorrer á su hermano enfermo y pecador, á darle la mano para que se levante del pecado, ya sea amonestándolo, ya corrigiéndolo caritativamente.

« Pero todos estamos obligados á esto por derecho divino positivo; porque á todos ha dicho Jesucristo: *Si tu hermano pecare contra ti, ve y corrigele*. No habla sólo con los preladados, príncipes, jueces y padres de familia para con sus respectivos súbditos; se dirige á todos y quiere que cada uno reduzca á buen camino al prójimo que peque.

« Á practicar la corrección fraterna nos excitan el ejemplo de Jesucristo, el precepto de la caridad y la gloria de Dios.

« En efecto, Cristo que es el ejemplar de todas las virtudes, nos enseñó prácticamente á corregir á nuestros hermanos: así lo hizo todas las veces que corrigió á los soberbios é hipócritas fariseos; así lo hizo cuando arrojó á los mercaderes del templo; así lo hizo cuando reprendió con mansedumbre á los Apóstoles que disputaban sobre la primacía. Y aun parece que toda la vida de Jesucristo es un continuo ejemplo de corrección fraterna. Su misma venida tuvo por fin corregir este mundo viciosísimo: allí se encaminaron sus predicaciones, sus milagros, sus preceptos y consejos, sus palabras y ejemplos; vino

á corregir á los hombres y á librarlos del pecado.

« Tenemos el precepto divino de amar á nuestros prójimos: *Amarás á tu prójimo como á ti mismo*. ¿Cómo amaré á su prójimo quien no le socorre en sus necesidades, ni menos quien no le ayuda en sus necesidades espirituales? ¿Qué amor al prójimo es el que no procura levantar al que está caído en el pecado? No, no ama á su prójimo el que por negligencia, complacencia ó falsa amistad no quiere amonestar y corregir á sus hermanos.»

Mas ¿cuándo es oportuno el cumplimiento del precepto relativo á la corrección fraterna?

Si se quiere proceder con acierto y asegurar satisfactorios resultados en esta obra de caridad; si se quiere evitar toda imprudencia y no ser ocasión de mayores males, se necesita tener en cuenta algunas reglas que suelen enseñar los teólogos moralistas. El P. Gury siguiendo á San Alfonso da las siguientes:

1.^a Que conste con certidumbre el pecado del prójimo ó el próximo peligro de pecar; es decir, que el mal exista de hecho ó que quizá haya peligro inminente de que suceda; pues de otra manera no hay razón para que nos exponamos á molestar á nadie.

2.^a Que haya alguna esperanza y aun mayor probabilidad de enmienda: Santo Tomás da tal importancia á esta regla, que le parece la única; y en efecto, todo lo comprende: se trata de enmienda, luego hay de qué enmendarse: la probabilidad aquella debe ser el resultado de las condiciones del corregido, del que corrige y del modo de corregir. Por lo de-

más, claro está que no es de cordura poner medios ciertamente inútiles é ineficaces, y menos cuando hay peligro de que se aumente ó la malicia ó el despecho.

3.^a Que no haya otra persona más á propósito para que haga la corrección fraterna: podremos eximirnos de la obligación siempre que haya otra persona de más ascendiente, de más persuasiva palabra, etc., etc.

4.^a Que no se siga grave incomodidad á quien corrige; pues la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, no más que en éste como en otros puntos hay que inspirarse en sana prudencia para no confundir la caridad con el egoísmo, y se deje de hacer el bien.

5.^a Que se juzgue necesaria para la enmienda de quien delinque y que no haya esperanza de que espontáneamente se enmendará, como si dijera, que sea el único medio de evitar el mal.

Quien haya observado un poco siquiera las condiciones del corazón humano, dará seguramente toda importancia á la corrección fraterna en orden á procurar el bien del prójimo. Es muy frecuente encontrar docilidad cuando se usa de consejos ó se echa mano de la persuasión sosegada y cariñosa. Suele ser indomable el ánimo cuando se le quiere vencer con el rigor de la autoridad.

Oigamos otra vez al Padre Laselve: «La corrección debe hacerse *en espíritu de caridad*, ó lo que es lo mismo, con el fin de apartar á tu hermano del ca-

mino de la perdición; quitarlo del peligro de condenarse y volverlo á la práctica de la virtud.

«Cuando pecare alguno de nuestros hermanos, tenemos que ir á él, no en espíritu de ira ó de venganza, de odio ó de envidia, sino de amor y caridad para corregirlo y hacer que se enmiende. El que corrige, dice San Bernardino, debe llevar el espíritu caritativo del buen pastor que va á buscar á la oveja perdida para volverla al redil de Cristo: debe ser como el médico del alma, que procura la salud del pecador enfermo: y como el padre que amonesta y corrige amorosamente á su hijo para que sea bueno.

«Ved cómo corrigió San Pablo á los fieles de Corinto. ¿Fué acaso con espíritu de vanidad y soberbia para manifestar que era mejor que ellos? ¿Fué con espíritu de ira y arrebato para exasperarlos? ¿Fué con espíritu de venganza para confundirlos? No, en manera alguna; sino con espíritu de caridad para hablarles como un padre y encender en ellos el deseo de la perfección: *No escribo esto para confundiros, decía, sino que os amonesto como á mis hijos muy queridos*. Así debéis corregir á vuestros hermanos, y nunca emprendáis esa obra sin que por medio de un diligente examen de vuestra conciencia estéis seguro de que os guía únicamente el amor, la caridad. Decía San Agustín: «Nunca se ha de acometer el negocio de reprender el pecado ajeno, sino después de haber preguntado dentro de nosotros á la conciencia y que ésta nos haya respondido delante de Dios, que nos anima la caridad.»

«Además, hay que hacerlo con dulzura. *Hermanos*, dice San Pablo á los Gálatas, *si alguno como hombre fuere sorprendido en algún delito, vosotros que sois espirituales amonestadle con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á ti mismo, no seas también tentado*. En tal virtud, es necesario que vuestras palabras y modales respiren cierta dulzura y suavidad interior que prepare á recibir con docilidad la corrección.

«Quiere San Agustín que antes de que corriamos, examinemos seriamente nuestra conciencia para que en vista de nuestra fragilidad nos mueva sólo el espíritu de dulzura y misericordia: si la necesidad nos estrecha á reprender ó corregir, pensemos si se trata de un vicio que nunca hayamos tenido ó que hemos tenido alguna vez: si nunca lo hemos tenido, no olvidemos que somos hombres y que podíamos haberlo tenido: si lo hemos tenido, recordemos la común fragilidad y demos lugar á la misericordia.

«Siempre debe existir esta suavidad y misericordia: y aunque alguna vez los superiores que corrigén á sus súbditos se vean precisados á emplear la severidad para vencer la obstinación, *se ha de unir la suavidad al rigor y ambas se han de proporcionar*. (San Greg.) Así como en el arca del testamento se encontraban al propio tiempo la vara y el maná, así en la corrección, cuando se usa la vara de la justicia y del rigor, debe usarse también el maná de la dulzura y de la suavidad.»

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

EL DÍA DEL SEÑOR.

El domingo, día del Señor.

He visto á Juan y he visto á Pedro.

Juan guardó su herramienta en un cajón: «Dormid, murmuraba, dormid por veinticuatro horas: este día es día de reposo y de oración.»

Tomó del brazo á su mujer y la llevó á Misa por la mañana, al Rosario y sermón por la tarde. Juntos dieron gracias á Dios por la semana que acababa y le pidieron su bendición para la semana que iba á comenzar; dejaron á su alma apartarse por breves horas de la tierra y subir al cielo, con las nubes del incienso y los majestuosos cantos de la Iglesia.

En el resto del día han gozado juntos con las caricias é inocentes juegos de sus hijos; hanse contado sus penas, sus deseos y sus esperanzas; leyeron un capítulo del *Santo Evangelio*, algunas páginas de la *Vida de los Santos*; embalsamaron su casa con el pensamiento de Dios.

Visitaron y recibieron á sus amigos, dando expansión á el ánimo por medio de una dulce alegría, sintiéndose satisfechos en medio de aquellos á quienes aman y de quienes son amados, porque á todos

brindan y de todos reciben sonrisas amables, francos y honestos miramientos, cordiales atenciones, que comunican á todos suave paz y gozo puro.

¡Oh! ¡cuán encantador es este día de descanso! He visto el domingo de Juan.

* * *

Es domingo, el día del Señor.

¡Día de trabajo rudo, de blasfemias y de embriaguez!

Pedro ha trabajado hasta las doce día: cuestión de lucrar algunos centavos más.

Ignora el infeliz que *el trabajo del domingo no aprovecha* nunca.

Á las doce va á afeitarse y en seguida se dirige muy jarifo á la cantina.

Pasó para él desapercibida la voz de las campanas, y no ha escuchado más que el chocar de las copas.

Hasta el anochecer y más todavía, sólo respira este infeliz la atmósfera de las tabernas, donde bebe vaso sobre vaso, botella tras de botella, y hace . . .

consumos y más *consumos*.

¡Consumo! ¡Palabrilla de moda!

Consumo de licor, *consumo* del bolsillo, *consumo* de la razón, *consumo* de la salud, *consumo* del pudor, *consumo* de la familia, *consumo* de las generaciones y de las sociedades venideras!

¡Oh! la mágica palabra, la palabra del *gran tono*!

Joven, sin tardanza, á *consumar*!

Y el infeliz empina, empina y más empina.

¡Oh! ¡La poesía de empinar!

¡Charla, grita, canta, jura, aulla!

¡Oh! ¡la música de las cantinas!

Y el tabernero, su mujer, el niño, la criada, los camaradas; ¡todos ríen!

¡Oh! . . . ¡la expansión de la bestia humana!

Complemento del cuadro: Mientras que el hombre bebía en el interior de la taberna, un caballo bebía también en el corral.

Y cuando hubo dado algunos tragos—por sólo calmar la sed—la *noble bestia* se detuvo

La bestia volvió *humanamente* á su cuadra

¡El hombre volvió *bestialmente* á su casa, en donde su esposa lloraba!

Ved aquí el domingo de Pedro.

* * *

He visto á Pedro y á Juan.

¡Oh! Dejad que mi espíritu se recree con el recuerdo de Juan

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL AMOR DE LA VIRGEN.

El huérfano que llora la soledad del alma,
El pobre que no encuentra consuelo á su aflicción,
El peregrino errante que la perdida calma

Busca en la religión,

El ánimo intranquilo, que en la agitada vida
Se inclina ante los golpes de dura adversidad,
El náufrago que siente rugir embravecida
La ronca tempestad,

La desdichada madre que mira moribundo,
Deshecha en tristes lágrimas, al hijo de su amor;
Todos cuantos suspiran, y sufren en el mundo
Hambre, sed y dolor;

El niño en sus temores, el viejo en su agonía,
El hombre hasta en su loco y ardiente frenesí,
Con religioso anhelo levantan, madre mía,
Sus manos hacia ti.

Que tú eres el refugio, la luz y la esperanza
De todos los que ciegos y sin consuelo van:
Tu santa y pura mano refrena la venganza,
Sujeta el huracán,

Las lágrimas enjuga, disipa las tormentas
Del mar y de la vida, terror del corazón;
Las olas alteradas, las penas violentas
Esclavas tuyas son.

Por eso en las ciudades, y mares, y desiertos
Tu nombre iris de gloria y de venturas es,
Y hasta en sus sepulturas el polvo de los muertos
Quiere besar tus pies.

G. NÚÑEZ DE ARCE.

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.ª EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Apostolicidad, tal es el último carácter. Fué fundada por los Apóstoles, descende de ellos, ya por la sucesión de ministerio, ya por la propagación de la misma doctrina, etc.; todo lo cual sólo se verifica en la Iglesia romana.

La sucesión de ministros viene desde los Apóstoles y ha perseverado sin interrupción hasta nuestros días. Recorred la cadena de soberanos pontífices desde el Papa reinante, y llegaréis á San Pedro á quien Jesús estableció príncipe de los Apóstoles y cabeza visible de su Iglesia. Haced lo mismo con todos los obispos católicos, seguid la serie de sus ordenaciones; hallaréis siempre en su origen un apóstol ó un obispo consagrado por el apóstol de quien recibió el ministerio y la autoridad.

Gracias á la sucesión del sacerdocio, se ha conservado una misma la doctrina que sin alteración ha llegado hasta nosotros. Comparad lo que se enseña ahora con lo que se enseñó en la antigüedad